

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9, 9-10): *¡Alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey.*

Salmo (144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey»*

2ª lectura (Romanos 8, 9.11-13): *Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu.*

Evangelio (Mateo 11, 25-30): *Nadie conoce al Padre sino el Hijo.*

No sé si Pablo podría decirnos a nosotros lo que les decía a los cristianos de Roma: *«Ustedes no viven conforme al desorden egoísta del hombre sino conforme al Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita en vuestros corazones»*. Hoy hay muchos más que, aunque son nominalmente “cristianos”, parecen vivir de lleno en un “desorden egoísta” que se ha convertido para algunos en una especie de “regla de conducta”. Una vida sujeta a ese desorden no solo revelaría que no pertenecen a Cristo, sino que se encaminan a su propia destrucción.

Obviamente, en cada página del evangelio se nos va mostrando algo de lo que significa vivir conforme al Espíritu. Los evangelistas nos muestran a Jesús lleno del Espíritu de Dios desde el inicio de sus actividades en el pueblo de Israel, tal como lo hacen constar en el relato del bautismo en el Jordán. Más aún, saben que es por la fuerza dadora de vida de ese Espíritu por lo que la Palabra eterna de Dios se hizo carne en las entrañas purísimas de María. La existencia de Jesús es fruto de la acción del Espíritu divino y, durante toda su vida, vemos a Jesús actuando bajo el impulso y la guía de ese mismo Espíritu, que además le dará vida nueva tras su pasión y muerte.

Jesús es el verdadero hombre del Espíritu; el Espíritu de Dios habita verdaderamente en él. El Espíritu impulsa a Jesús a dirigirse a Dios, su Padre. Jesús está en oración. Quizás estamos más acostumbrados a la oración de petición o de intercesión, pero la oración de Jesús, hoy, se nos presenta como un acto de “alabanza y gratitud”. Una persona en la que verdaderamente habita el Espíritu de Dios está llena de alabanza y gratitud. Esta forma de oración se irá haciendo tan propia de los cristianos que a la acción central de nuestro culto le llamamos “eucaristía”, acción de gracias.

Jesús alaba al Padre porque es la gente sencilla la que va reconociendo la obra de Dios en él. No fueron “los sabios y los entendidos” quienes lo reconocieron, quizás porque ordinariamente ellos ya están llenos de sus propias ideas que no pueden o no saben hacer espacio para las manifestaciones de Dios en su vida o en la vida de los demás. Acoger la revelación de Jesús implica saber escuchar, saber hacer un espacio para lo nuevo e inesperado. Fue la gente sencilla la que supo acoger a Jesús y es la que sabe seguir haciéndolo hoy en día. *«Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien»*.

Desde el Primer testamento, ya el profeta Zacarías invitaba al pueblo de Jerusalén a llenarse de júbilo y alegría por la llegada de su rey victorioso, que ingresa en la ciudad con toda humildad y las palabras de Jesús, el hombre en quien habita plenamente el Espíritu de Dios, nos dice: *«¡Aprended de mí!, que soy manso y sencillo de corazón, y encontrareis descanso»*, son una invitación a todos nosotros para imitarle a él.

Hay infinidad de estudios sobre Jesucristo que se apoyan en millones de horas y esfuerzos de estudiosos para profundizar en el conocimiento de sus palabras y acciones. Son trabajos que nos ayudan a todos a acercarnos al Señor. Sin embargo, Jesús nos presenta cuál es el mejor camino para conocerlo y acoger la voluntad del Padre Dios: se trata de vivir en humildad y sencillez. Así es como mejor abrimos las puertas a Dios y a su voluntad.

Todos entendían a Jesús con claridad meridiana. Él se dedicaba a acoger, curar, perdonar, integrar, resucitar muertos... ¡No podía ser más claro! Sus acciones eran evidentes y sus mensajes estaban llenos de verdad. Con abrir bien los ojos y un poco el corazón resulta suficiente para entender al Maestro. Su mensaje no es complicado: defender el valor de cada persona y proclamar el amor y la misericordia como claves para la vida de todos.

Hoy, como en tiempos de Jesús, hay personas que viven su pertenencia religiosa como una carga pesada. No han conocido la alegría de la fe ni han descubierto el auténtico gozo del perdón de Dios. Su vida religiosa se restringe al cumplimiento meticuloso de un sinnúmero de preceptos. ¡Qué vivencia más dura de la fe! El Señor, que sale al encuentro de todos, nos enseña a vivir confiando en Dios Padre, a descubrir la alegría interior de la fe, y a seguir a Jesús, no por obligación, sino por atracción. Jesús no reprocha el cansancio, sino que invita a acercarnos más al amor y la misericordia de un Dios que conoce bien cómo es nuestra vida. Él sabe que la fe no es una carga, y menos un castigo, sino que es una liberación y que nos trae un nuevo sentido para la existencia.

El Señor no agobia a nadie, sino que es capaz de multiplicar lo mejor que hay en cada persona. El papa Francisco, en su exhortación apostólica de marzo de 2018, hablando de la santidad, nos dice que *«cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él»* (Gaudete et Exsultate, 11). Esa es nuestra vocación y el sentido de nuestra vida, ser servidores alegres del Evangelio. Cristo Jesús nos propone vivir haciendo la vida más humana y digna para todos, libres de miedos, creciendo en libertad y siguiendo sus pasos. ¿Puede haber algo mejor que ser colaboradores suyos? A nosotros nos toca coger la cruz, y en ella, nuestras dificultades y limitaciones, pero, al mismo tiempo, pondremos nuestros ojos fijos en Él sabiendo que nos da la fuerza necesaria para ser sus testigos en todos los ámbitos de la existencia. *Gracias Señor por salir a nuestro encuentro e invitarnos a ser servidores alegres de tu misión.*